

Discurso y locura: Lacan-Foucault

Discourse and madness: Lacan-Foucault

COLCIENCIAS TIPO 2. ARTÍCULO DE REFLEXIÓN

RECIBIDO: AGOSTO 1, 2014; ACEPTADO: SEPTIEMBRE 14, 2014

John James Gómez G.
jomesgo@gmail.com

Universidad Santiago de Cali, Colombia

Resumen

El presente texto apunta a la reflexión acerca de las particularidades del orden de discurso y su función en cuanto al lugar de la locura y su relación con la verdad. Para ello, se tejen articulaciones entre la noción de *voluntad de verdad*, introducida por Foucault, y las aportaciones del psicoanálisis a la comprensión de la lógica del discurso, a partir de la interrogación por el sujeto del inconsciente y la causalidad psíquica, tomando como base los trabajos de Sigmund Freud, Jacques Lacan y Jean Michel Vappereau. Se sitúa así a la locura como el desconocimiento de la causalidad psíquica y el rechazo de la subjetividad, lo que la separa, en buena medida, de las psicosis, entidad clínica con la que suele vincularse como si se tratara de sinónimos. De igual manera, se reflexiona a propósito de ese discurso, como voluntad de verdad, que sostiene a la locura, intentando articular algunas ideas preliminares a propósito de sus manifestaciones en la subjetividad de la época actual.

Palabras Clave

Voluntad de verdad; discurso; locura; subjetividad; causalidad psíquica; Lacan; Foucault.

Abstract

The present text points at the reflection brings over of the particularities of the order of discourse and his function in the place of the madness and his relation with the truth. In that way, joints are woven between the notion of "the will to truth", introduced by Foucault, and the contributions of the psychoanalysis for compression of the logic of the discourse, beginning from the interrogation for the subject of the inconsciente and the psychic causality, taking the works of Sigmund Freud, Jacques Lacan and Jean Michel Vappereau. We see this way, to the madness, as the ignorance of the psychic causality and the rejection of the subjectivity, which separates it, mostly, from the psychoses, clinical entity with the one that is in the habit of linking as if it was treating itself of synonymous. Also, there is thought over about this speech, as the will to truth, that it supports to the madness, trying to articulate some preliminary ideas about his manifestations in the subjectivity of the current epoch.

Keywords

Will to truth; discourse; madness; subjectivity; psychic causality; Lacan; Foucault.

Todo ese inmenso discurso del loco regresaba al ruido; y no se le concedía la palabra más que simbólicamente, en el teatro que se le exponía, desarmado y reconciliado, puesto que en él desempeñaba el papel de verdad enmascarada

M.Foucault, *El Orden del Discurso*

I. INTRODUCCIÓN

A pesar que Foucault mismo señaló que de las tres formas de exclusión del discurso: *la palabra prohibida, la separación de la locura y la voluntad de verdad*, fue la última aquella que ocupó en mayor medida su interés y sus elaboraciones, resulta evidente que la interrogación por las dos primeras revisten también un interés fundamental, no solo en su obra, sino en relación con los efectos que, a partir de su trabajo, hasta hoy interrogan el discurso, particularmente ese modo del discurso que, siguiendo a Lacan, llamaremos *común*. Podríamos decir, incluso, que esas tres formas de exclusión no son en realidad diferentes entre sí, sino variaciones sobre un mismo tema, a saber, lo que desde el discurso común intenta desalojarse por resultar perturbador ya que, en los tres casos, se trata de lo que retorna dando cuenta del estatuto insoportable de la verdad.

Conviene señalar aquí que la verdad y la voluntad de verdad no son la misma cosa. La primera, indica Foucault (2004, p.25), se propone justificar lo prohibido, definir la locura, todos esos, de Nietzsche a Artaud y a Bataille, deben ahora servirnos de signos, altivos sin duda, para el trabajo de cada día. La voluntad de verdad, en cambio, se trataría de un inmenso velo impuesto con la apariencia de discurso verdadero que enmascara la verdad misma sobre la que supone hablar. En ese sentido, podemos decir, para comenzar a puntualizar un aspecto que resultará fundamental en esta exposición, que la verdad se encuentra en una exclusión interna respecto de la voluntad de verdad. Esta expresión paradójica, mas no por ello contradictoria, da cuenta de la manera en que la función de la voluntad de verdad consiste en sostener el desconocimiento de la verdad que se encuentra en su seno a la vez que se atribuye a sí misma el valor de discurso verdadero. Una modalidad tal, hace que la lógica del poder en juego, y la relación con el saber, se articulen por quedar allí desconocidos en cuanto a sus formas de operación.

Sin embargo, nos topáramos con una aporía si, por

alguna razón, cayésemos atrapados en la falsa oposición entre sujeto y cultura o entre individuo y sociedad. Dicha aporía consistiría en ubicar de un lado la verdad y del otro la voluntad de verdad, es decir, suponer que la verdad habita, por ejemplo, en el sujeto, y que la voluntad de verdad sería agenciada exclusivamente desde un otro externo, lo que conllevaría desconocer que el sujeto solo es posible por su inmixión de Otredad¹ que hace a la estructura y, por tanto, desconocer también que entre el sujeto y la cultura que lo habita, y que él habita, hay una continuidad necesaria que no por ello deja fuera la singularidad del uno por uno que el psicoanálisis enfatiza, como tampoco a la lógica de la mitología cultural que suele ocupar el trabajo de la etnología. No es otra cosa lo que Foucault (2005, p.368) enfatizó en *Psicoanálisis y Etnología*, último apartado de su texto intitulado *Las Palabras y las Cosas*:

Se comprende al fin que el psicoanálisis y la etnología estén establecidos frente a frente en una correlación fundamental: desde Tótem y Tabú, la instauración de un campo que les sería común, la posibilidad de un discurso que podría ir de uno a otra sin discontinuidad, la doble articulación de la historia de los individuos sobre el inconsciente de las culturas de la historicidad de éstas sobre el inconsciente de los individuos, abren sin duda, los problemas más generales que podrían plantearse respecto del hombre.

Discrepamos sólo en un punto con lo expresado por Foucault en la cita que traemos a cuentas, a saber, que sería posible suponer un inconsciente de las culturas y otro de los individuos. La cuestión requiere ser reorientada hacia la comprensión de lo inconsciente como nudo entre el sujeto y el Otro, dada su inmixión, y por lo tanto la cualidad en juego no es la de ser interior al individuo o exterior a él, sino, la de extimidad, o como hasta el momento la hemos llamado, de exclusión interna. Así las cosas, la función en juego en la voluntad de verdad sería la del desconocimiento de la verdad, merced de esa exclusión

¹ La expresión inmixión, hace referencia a esa fusión posible entre el cuerpo del lenguaje y el cuerpo orgánico, que hace al mismo tiempo un cuerpo y dos cuerpos, solo concebible si se toma en consideración la lógica estoica, siendo así que la separación entre el sujeto y el Otro queda constituida por el reencuentro de la falta del sujeto en el Otro, derivada de su alienación primordial. De igual manera, la expresión en mención, corresponde a la manera en que Lacan (1970) dio título a la conferencia que dictó en Baltimore en el año 1966.

interna. Y si para el psicoanálisis y para la etnología resulta posible articular una interrogación sobre el estatuto de la verdad, es porque van en contravía de las ciencias humanas y sociales.

Consideremos que:

El discurso de la ciencia rechaza la presencia de la Cosa, en la medida en que, desde su perspectiva, se perfila el ideal del saber absoluto, es decir de algo que, aunque plantea la Cosa, al mismo tiempo no la reconoce. Todos saben que esta perspectiva se revela a fin de cuentas en la historia de un fracaso (Lacan, 1960, p.164).

A diferencia de las ciencias en general y de las ciencias humanas en particular, en el caso del psicoanálisis y de la etnología su objeto no es algo que esté ahí para observarse, mucho menos para producir a partir de él, algún tipo de futuro demarcado por la proyección estadística, como sí se sueña, por ejemplo, desde la psicología académica y desde la psiquiatría, entendidas éstas como aquellas que obedecen al marco positivista, subsistente con gran fuerza hasta nuestros días. Diremos, incluso, que una tendencia tal en la psicología se constituye en una modalidad más del sostenimiento de la exclusión interna de la verdad, es decir, que la psicología y la psiquiatría como modos del discurso común de la salud mental, operarían como voluntad de verdad. Todo ello muy a pesar de los sueños que Isaac Asimov (1951) concentrara en la denominada *psicohistoria*, sobre la que basó su famosa serie novelesca *Fundación*.

En el caso de la obra freudiana podemos encontrar que la palabra *nachträglich*, señala de manera precisa la condición de contra ciencia que Foucault atribuye al psicoanálisis y a la etnología. *Nachträglich* puede traducirse en el sentido freudiano como efecto de retroacción y, en el sentido lacaniano como futuro anterior. En ambos casos sería el segundo tiempo de un acontecimiento que funda al primero, cuestión posible sólo por el efecto del lenguaje. Aquel fue el efecto que, desde la perspectiva freudiana, abrió camino a la fundación de la cultura, las religiones y, de manera especial, de la ley, tal como lo presentó Freud en su obra *Totem y Tabú*.

A partir de este punto, la noción de predicción pierde su sentido pues se requiere que el acontecimiento, como segundo tiempo, ocurra para que pueda, retroactivamente, constituirse un sentido que dé cuenta del primero. Mientras las ciencias propias del marco positivista apuntan

a la producción y predicción de acontecimientos, el psicoanálisis y la etnología requieren del acontecimiento para que pueda advenir algún modo de articulación que dé cuenta de su lógica. Es en esa retroacción que se abre paso para retornar a la verdad y al sujeto un lugar que ya no sea el de la exclusión.

II. DISCURSO COMÚN Y LOCURA

Ahora bien, ¿en qué punto, ese lugar de lo que hemos llamado discurso común, se articula con la locura?

Para intentar esbozar alguna idea a propósito de esta cuestión, comencemos por retomar la idea que Foucault (1993, p.160) presenta acerca de la manera en que, a partir del siglo XVIII, es tomada la locura.

...por libre que sea la locura en el mundo que pone a su disposición el hombre razonable, por cercana que esté de su espíritu y de su corazón, ya no será para él nunca más que un objeto. Ya no el anverso siempre inminente de su existencia, sino un acontecimiento posible en el encadenamiento de las cosas. Esta caída en la objetividad es la que domina la locura más profundamente y mejor que su antigua servidumbre a las formas de sin razón. En sus aspectos nuevos, el internamiento puede ofrecer a la locura el lujo de una libertad. Ahora es sierva y está desarmada de sus poderes más profundos.

Salta a la vista la ironía. ¿Cómo puede hablarse del lujo de una libertad para la locura si, al mismo tiempo, ese lujo la hace sierva y desprovista de sus poderes más profundos? Una contradicción como esta es comprensible si se observa lo que el discurso de la ciencia, como uno de los modos posibles de la voluntad de verdad, conlleva al hacer de la locura un objeto de estudio que rechaza el agujero, la falta originaria, y apunta al ideal de saber absoluto. Cuestión que, en la mayoría de los casos y hasta a la actualidad, no cesa de orientarse hacia el desconocimiento de la verdad que el decir de aquel considerado loco revela por vía de la reducción de su condición al simple fallo anátomo-funcional, que ve al ser humano como una máquina y desprovisto de subjetividad. En el mismo instante en que se concibe a la locura como objeto de la razón científica orientada al ideal de saber absoluto, la verdad que se juega en ella acerca del sujeto y de la cultura queda excluida a pesar de estar en el centro mismo de la

experiencia, no hay tal vez mejor ejemplo de cómo la voluntad de verdad destina a la verdad a una exclusión interior. La clínica de la mirada se impone sobre la clínica de la escucha y es en ese punto donde el psicoanálisis apuesta por retornar el filo cortante de la verdad, para lo cual la clínica de la escucha es crucial.

Y si fuera necesario resumir con una sola palabra toda esa evolución, podría decirse, sin duda, que lo propio de la experiencia de la sinrazón es que la locura era allí sujeto de sí misma; pero que en la experiencia que se forma en este fin del siglo XVIII, la locura está alienada por relación a ella misma en el estatuto de objeto que recibe (Foucault, 1993, p.160).

En buena medida el estatuto de objeto otorgado a la locura por las ciencias modernas y de forma particular con la psiquiatría, se encargó de excluir al sujeto de lo que se denominaba sinrazón para hacer a la locura objeto de la razón.

III. VOLUNTAD DE VERDAD: RECHAZO DE LA SUBJETIVIDAD

Llegados a este punto se revela el hecho de que la voluntad de verdad, centrada en la separación de la locura, ha implicado el rechazo de toda subjetividad. Buen ejemplo de ello es la producción, cada vez más incisiva y feroz, de nuevas clasificaciones de trastornos que se suman a la filas de los manuales más populares como el DSM que acaba de lanzar su quinta versión. Cualquier expresión de la pasión humana es señalada como enfermedad que debe ser puesta, de inmediato, bajo la vigilancia y la tutela del discurso de la ciencia que intenta silenciar la verdad por resultar perturbadora.

Si observamos con cuidado el modo en que la voluntad de verdad propicia sus efectos en la actualidad, no debe parecernos extraños que, a pesar que se hable, por ejemplo, de manera incesante acerca de cuestiones como la “intimidación escolar”, se olvide que en la modernidad la escuela es, en sí misma, un lugar de intimidación comparable a la cárcel y al ejército. Sin embargo, hablar de la intimidación escolar, entendiéndola desde el discurso común, tal y como ella se plantea hoy, constituye la exclusión interna de esa verdad que denuncia a la escuela como lugar construido para la intimidación. Ella escenifica el encierro y la docilización del cuerpo, que es a la vez

soma y psique, ante el temor por el azote en cualquiera de sus modalidades. Plantear entonces la pareja víctima-victimario, resulta en un problema de salud pública que no hace otra cosa que olvidar el estatuto de la verdad y las interrogaciones que desde allí podrían hacerse, precisamente, a los agentes de ese discurso común que sostienen una voluntad de verdad por suponerse a sí mismos portadores de lo que Bourdieu (2002) denominó *el lenguaje autorizado*.

Para encontrar más ejemplos, basta con extrañarse del discurso común y de ese modo desnaturalizar lo que se ha constituido como voluntad de verdad. Caso nada inusual es el de quien ha pisado el consultorio de un psicólogo en una institución de salud, no solo en Colombia sino en la mayor parte del mundo, desconociendo que por el solo hecho de haber asistido a la primera sesión se hace acreedor a un diagnóstico y un código que lo ingresan en el campo de los llamados *trastornos mentales*. Nadie sale ileso. En el mejor de los casos, un psicólogo menos incauto propenderá por atribuir algún diagnóstico que no conlleve demasiados riesgos, ejemplo de lo cual es el afamado *trastorno de adaptación* que, dicho sea de paso, no deja de tener algo de verdadero, a saber, que el sujeto y la verdad se caracterizan por no adaptarse a los ideales del discurso común ni a los requerimientos de un objeto de estudio positivizado. Sin embargo, no deja de resultar evidente que todo aquel quien demande ser escuchado dentro del discurso común de la salud mental, terminará siendo ubicado, por la clínica de la mirada y el rechazo de la verdad, en el lugar de un enfermo. ¿No podría acaso ser tomado el discurso común, articulado como voluntad de verdad, por metáfora viva del panóptico? Es necesario reconocer que el panóptico en la actualidad no se reduce a la presencia masiva de cámaras y aparatos tecnológicos pues, el discurso común es, en sí mismo, un modo de vigilancia desde el cual algunos, sin saber muy bien cómo ni por qué, ejercen un poder sin otra finalidad que la exclusión interna de la verdad. Este es el problema fundamental que puede plantearse desde una ética, rechazada por el discurso común, que poco tiene que ver con las aspiraciones deontológicas y bioéticas, pues dichas aspiraciones conllevan en medida suma el olvido de la responsabilidad de quien supone sobre sí mismo algún saber, mientras desconoce que ése saber no se sabe a sí mismo, siendo así que el gobierno de sí, como intención yoica, deviene una imposibilidad lógica. Esto no significa que no pueda servirse de aquel saber no sabido, pero como sabemos desde Freud, y no dejaron de señalarlo Lacan y

también Foucault, ello solo es posible en la medida en que se reconozca a la verdad su estatuto perturbador y que el deseo de saber, según Lacan, y la voluntad de saber, según Foucault, se pongan en juego, lo que no deja de introducir la pregunta en el mundo occidental acerca de lo imposible de la *relación sexual* y la *scientia sexualis*².

Si se toma la cuestión con el suficiente detenimiento y se hace posible un extrañamiento que interrogue el discurso común, la verdad excluida por la voluntad de verdad puede provocar algunas sorpresas. En nuestra opinión, esto fue lo que aconteció con los aportes de Foucault y Lacan, razón por la cual es necesario señalar que su influencia mutua fue altamente significativa. Es así que tal vez haya al menos un punto crucial en el cual la interrogación acerca del orden de discurso en Foucault y el interés clínico por la locura en el caso de Lacan, y por el establecimiento de los cuatro discursos (de la Histórica, del Amo, de la Universidad y del Psicoanalista), encontró un gozne en el cual se produjo la sorpresa que dio un giro a la clínica a propósito de la locura que, en ningún caso, sería posible sin la invención del psicoanálisis que debemos a Freud. Se trata del giro provocado por la introducción de la *causalidad psíquica*.

IV. LA LOCURA Y LA CAUSALIDAD PSÍQUICA

La causalidad psíquica supone la causalidad material del significante. Antes de Freud era inconcebible que psique y soma tuviesen una continuidad expresada por esa desviación que el lenguaje introduce poniendo al descubierto la falta de una “naturaleza humana”. A partir de ese momento se hizo posible reconocer que la teoría organicista de la locura, pero también lo humano en general, dejaba de lado la importancia que el lenguaje comporta para comprender que la separación entre lo psíquico y lo somático, y entre el sujeto y la cultura, no permitían entender la estructura paradójica de la condición humana. En este sentido, Lacan (1946, p.164) plantea lo siguiente:

² Evidentemente las dos expresiones en itálicas se refieren a cuestiones enunciadas por Lacan y por Foucault. De un lado, el planteamiento de Lacan: *no hay relación sexual*, sería aquello que no cesa de no escribirse, lo real mismo, pues su constituyente opera por la existencia única del falo como significante para el sexo en el inconsciente, así como por la ley de la prohibición del incesto, es decir, de la incompletitud, usando este término en el sentido matemático de Gödel. Por otro lado, el planteamiento de Foucault (2000) en su *Historia de la Sexualidad*, acerca de la hipótesis de que en Oriente se desarrolló el lugar para una *ars erótica*, en Occidente, lugar en que se intenta hacer, de todo aquello que guarda relación con la verdad, un objeto (en el sentido de las ciencias positivistas), el problema se concentró en la construcción de una *scientia sexualis*.

¿Cuál es, por tanto, el fenómeno de la creencia delirante? Es, decimos, el desconocimiento, con lo que este término contiene de antinomia esencial. Porque desconocer supone un reconocimiento, como lo manifiesta el desconocimiento sistemático, en el que hay que admitir que lo que se niega debe ser de algún modo reconocido.

Situar el desconocimiento como fenómeno de la creencia delirante saca por completo el problema de la locura de las teorías organicistas a la vez que extiende la locura a un campo más amplio que el de las psicosis. Las consecuencias son de una magnitud incalculable. En primer lugar porque supone un tratamiento posible de las psicosis más allá de la medicación con fines de atenuación de sus fenómenos como mera consecuencia de una falencia orgánica. En segundo lugar, permite abrir la pregunta de la locura ligada al fenómeno del desconocimiento hasta el campo generalizado de la lógica del sujeto y, va de suyo, de las lógicas del discurso.

Siguiendo este movimiento introducido con la causalidad psíquica, la locura ya no es algo que atañe exclusivamente al psicótico sino a todo discurso que sostenga el fenómeno del desconocimiento, es decir, de aquello que siendo reconocido es excluido por resultar perturbador, lo cual nos lleva, nuevamente, al problema de la voluntad de verdad y la exclusión interna de la verdad. Se desconoce lo que ya está allí reconocido, tal como lo señala Lacan indicando la antinomia propia que contiene el término *desconocimiento*.

Al respecto, Jean Michel Vapperau (2000) señala cómo a partir de la noción de causalidad psíquica y la hipótesis lacaniana sobre la locura, puede tratársela según tres registros:

...a1 –Ser hablado o pensado por otro. a2 – Hacer de alma bella, arrojando sobre otro, o aún sobre los otros, la responsabilidad de los problemas del mundo, del cual el sujeto es el centro y del cual se queja. a3 –Creerse algo o alguien o alguien hasta la desmesura del Yo, de la representación de sí, de su persona, de su personalidad.

Lo común en esos tres registros es el rechazo de la causalidad psíquica, es decir, de la causalidad material del lenguaje y, como consecuencia de ello, el advenimiento de la exclusión de la verdad del sujeto, de aquella que lo

singulariza como agente en cuanto le acontece.

Ahora bien, de los tres, es el segundo sobre el cual queremos poner acento fundamental. El *alma bella*, expresión acuñada por Friedrich Schiller, fue criticada por Hegel quien reconoció en ella que el alma se hace objeto carente de esencia. Por otra parte Freud usó la expresión *bella indiferencia* para señalar el desconocimiento que la histérica presentaba acerca de la causalidad psíquica de su padecimiento. No buscamos hacer equivaler el *alma bella* a la *bella indiferencia*, pero sí reconocer su convergencia en cuanto al desconocimiento de la causalidad por parte del Yo sobre aquello que lo implica. El Yo no quiere saber y el discurso común suele proveerle los medios para que esa posición se sostenga.

Lo que resulta entonces, desde esta perspectiva, es la posibilidad de distinguir la locura de las psicosis y retornar a la posibilidad de introducir un saber que no se mueva por la exclusión interna de la verdad que lo habita. De nuestra parte, lo que proponemos no es otra cosa que tomar a la locura como la cuestión misma de la voluntad de verdad, en el sentido en que Foucault usa esta última expresión. Es así que la locura sería precisamente, la voluntad de verdad, es decir el rechazo de la verdad que implica a aquel que supone, de algún modo, que lo que le ocurre es algo que no lo atañe directamente y que, por lo tanto, bastaría con algún tipo de explicación externa indiferente al sujeto y al discurso mismo, con lo cual se censura, se excluye la verdad por vía del agenciamiento de ciertas modalidades, ciertos órdenes de discurso.

V. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Podemos decir entonces que la relación entre locura y discurso es clave pues el discurso puede, en algunos modos, devenir loco, a la vez que, incluso el psicótico, podría muy a pesar de las teorías organicistas no estar precisamente loco. El discurso común, entonces, el más generalizado y aceptado como verdadero puede encontrarse en una relación de exclusión interna con la verdad si agencia el desconocimiento de la causalidad material del lenguaje.

Interrogar la locura sería, en tal caso, apuntar al centro de la verdad por más perturbadora que ella pueda resultar, en tanto se ponga a la luz el desconocimiento del decir común, cuestión cada vez más problemática en la época actual, si consideramos que el discurso común no deja de sostener el supuesto de que todo aquello que resulta

perturbador, especialmente el deseo de saber articulado como saber no-todo, sería una tontería superable con la obnubilación ante las pantallas, la ilusión de omnisapiencia *googleana*³, y de ubicuidad ciberespacial, pero, sobre todo, con el consumo del medicamento indicado. Sea como fuere, se trata, una y otra vez, de la locura del discurso común y su voluntad de verdad.

Por lo pronto, consideramos pertinente, al respecto, concluir con las siguientes palabras de Foucault (2004, p.38): Siempre puede decirse la verdad en espacio de una exterioridad salvaje; pero no se puede estar en la verdad más que obedeciendo a la reglas de una *política* discursiva que se debe reactivar en cada uno de los discursos.

VI. REFERENCIAS

- Asimov, I. (1951). *Foundation*. New York, NY: Everyman.
- Bourdieu, P. (2002). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid, España: Editora Nacional.
- Foucault, M. (1993). *Historia de la locura en la época clásica* [Vol. II]. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2000). *Historia de la Sexualidad*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2004). *El orden del discurso*. Buenos Aires, Argentina: Fábula Tusquets.
- Foucault, M. (2005). *Las palabras y las cosas*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1946/2008). Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos I* [2a ed.]. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1960/1992). *El seminario. Libro 7: la ética del psicoanálisis*. Barcelona, España: Paidós.
- Lacan, J. (1970). Of structure as an immixing of an otherness prerequisite to any subject whatever. En R. Macksey & E. Donato [Eds.], *The languages of criticism and the sciences of man*. (pp. 186-200). Baltimore, MD: Johns Hopkins.
- Vappereau, J.M. (2000, Oct.16). *¿Locura o causalidad psíquica?* [en línea]. Recuperado de <http://www.elsigma.com/lecturas/locura-o-causalidad-psiquica/35>

CURRÍCULO

John James Gómez Gallego, Ph.D. Psicólogo de la Universidad Cooperativa de Colombia (Cali), con Maestría en Sociología de la Universidad del Valle (Cali), y Doctorando en Psicología de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Profesor, investigador de la Universidad Santiago de Cali. Profesor y miembro del Comité

³ Nos servimos de la cualidad de Google, como el motor de búsqueda más usado, para producir este juego de palabras.

Académico de la Especialización en Clínica Psicoanalítica de la Universidad Abierta Interamericana de Buenos Aires, Argentina. Profesor de la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad Argentina John F. Kennedy. Miembro del Colectivo de Análisis Lacaniano CANAL.